

Gato por liebre

LUIS HARAMBURU ALTUNA

No es de extrañar que Bildu o la izquierda abertzale no quieran saber nada de la historia real que a los vascos nos ha tocado padecer, prefieren ensimismarse en su mantra

Parece mentira que en un país de cocineros como el nuestro, todavía haya quien quiera dar gato por liebre, pero es lo que algunos de Bildu pretenden, al hablar 'sus' víctimas y de sí es hora o no para su justa reparación. La frustración que generan sus declaraciones, sin embargo, no debería pillarnos desprevenidos. Es más de lo mismo. Es a lo que el mundo de ETA nos tenía acostumbrados. Ver el mundo al revés ha sido una constante en su trayectoria y sería ingenuo pensar que trescientos mil votos hayan podido corregir su interesada ceguera. Batasuna, Bildu, Sortu o como fuere que se llame en el futuro tiene el sistema de valores invertido y es víctima de un síndrome epistemológico que le impide mirar la realidad de cara. La realidad la contemplan desde su prisma sectario. No existen ni la verdad ni la objetividad histórica sin la previa decantación a través de su fanática y distorsionada visión. Par ellos el verdugo es héroe y la víctima una trágica y deshumanizada contingencia.

La negación de la historia como opción ideológica ha estado presente en la génesis y en el devenir del nacionalismo vasco. Sabino Arana asentó sus postulados sobre una base histórica inventada y sus epígonos de hoy nada han hecho por restaurar la veracidad histórica, antes al contrario persisten en falsear la historia para justificar su desvarío ideológico. Pretenden llamar conflicto a lo que no ha sido más que unilateral agresión a la sociedad democrática. Pretenden que las víctimas sean olvidadas para ensalzar a sus verdugos. Hablan de instaurar la verdadera democracia cuando no han cesado de agredir a la única real y posible. Dicen buscar el bien de Euskal Herria cuando la han maltratado con saña. Es la historia al revés; es la patología convertida en norma; es la manipulación convertida en dogma.

No ha de extrañarnos el que digan que no ha llegado la hora de reconocer el daño causado. Jamás llegará el día en el que digan haberse equivocado. Nunca pedirán perdón, pues se sienten benefactores de la patria soñada. La historia no les interesa ya que les puede privar de la razón. Prefieren la épica donde pueden erigir en héroes a los criminales y víctimas a los verdugos.

El nacionalismo nunca se ha preocupado por elaborar una historia del país digna de ese nombre ya que ha preferido la mitografía a la crónica contrastada de los hechos. En lo que sí han abundado las plumas del nacionalismo es en la construcción de una épica del pueblo vasco sustentada fundamentalmente en mitos y relatos de índole romántica. El gran creador de leyendas vascas que fue Juan Vicente Araquistain no se recató al escribir que una colección de leyendas más o menos inventadas, supla con ventaja a la «historia que solo forma eruditos, pero no hace héroes. Solo las tradiciones, los cantos, las historias populares tienen fuerza para inflamar la imaginación de los pueblos». La imaginación que suple a la razón y al discernimiento. Es en esas aguas

donde ha bebido el imaginario colectivo del nacionalismo vasco y a él se remiten al asimilarlo con la cultura vasca, sin más. Se prefiere lo imaginario a lo contrastable y se tiene por cierto lo que no deja de ser mera ensoñación.

No es de extrañar que con estos antecedentes Bildu o la izquierda abertzale no quieran saber nada de la historia real que a los vascos nos ha tocado padecer, prefieren ensimismarse en su mantra e invertir la historia real acontecida.

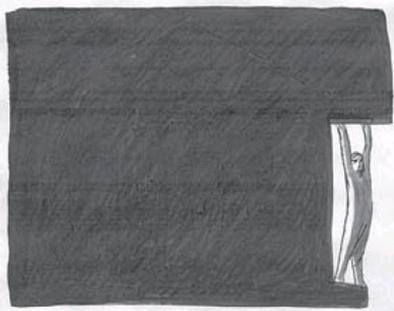
Afortunadamente la historiografía vasca ha avanzado mucho desde que en los años setenta una nueva generación de historiadores formada por Elorza, Corcuera, Albadalejo, García de Cortazar, Fernández de Pinedo, Fusi, Otazu, Garmendia, Portilla, Solozabal y, sobre todo, Caro Baroja, sentaron las bases de una historia vasca de carácter científico. El nacionalismo siempre ha mirado con indisimulada suspicacia a esta nueva historiografía y prefiere recurrir a crónicas sucedáneas que afianzan sus posiciones. Bien está la prehistoria siempre que confirme la excepcionalidad ética, pero un espeso silencio cubre a la historia medieval y sobre todo a la moderna, no vaya a ser que los dogmas identitarios peligren. Incluso en la contemporánea se ha pretendido ocultar todo aquello que pueda empañar la ejecutoria épica del nacionalismo, baste recordar como botón de muestra el ocultamiento del vergonzoso Pacto de Santoña firmado en agosto de 1937.

Últimamente se escuchan voces preocupadas por la narrativa de todo lo que rodea al final de ETA y lo cierto es que los motivos de preocupación no faltan. El nacionalismo pretende dar gato por liebre e interpreta que lo acontecido en las últimas décadas no es sino

la necesaria secuela de un conflicto secular no resuelto. Lo decía Ibarretxe, lo afirman los de EA y lo siguen diciendo cuantos contextualizan lo ocurrido en una ficticia épica identitaria. Pero lo cierto es que fue aquí en esta sufrida parte del mundo donde se fraguó aquel disparate moral y político que se llamó la «socialización del sufrimiento». Los autores de

semejante aberración, todavía pretenden que aquí no ha pasado nada, salvo la heroica lucha de unos abnegados patriotas que no tuvieron más remedio que sembrar el terror y la muerte para salvar a Euskadi.

Hay pocos motivos para el optimismo y no es predecible el que el nacionalismo vasco revise sus postulados. Es todavía más improbable el que compartamos una narrativa histórica, pero nos queda la esperanza de que la razón se imponga y de que las futuras generaciones sepan discernir entre la épica y la historia. Mucho queda por hacer y es especialmente grave la responsabilidad de quienes desde la universidad hasta la escuela más modesta tienen la misión de alumbrar la verdad. Solo cabe esperar que el sistema educativo vasco ayude a paliar la interesada ignorancia de algunos y la culpable manipulación de otros. No es posible impulsar la sociedad del conocimiento, ocultando la verdad de lo acontecido. Es, también, una cuestión de rigor científico.



:: JOSE IBARROLA